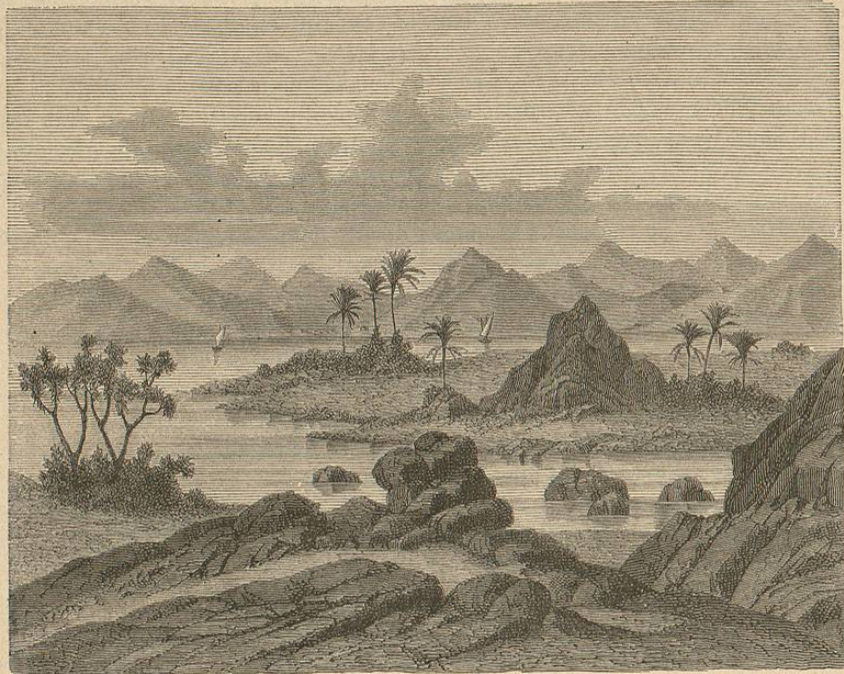


lago Kole ó Kolea. Antes, sin embargo, el Astapus se junta con el Astaboras, río importante del país de los auxumitas. Entre el Astaboras y el Astapus habitan los strutiófagos (comedores de avestruces). Después de haberse juntado en el país de Auxumitis el Astapus y el Astaboras, desembocan en el río Grande en el país de los Macrobios; luego vuelven á separarse: el río Grande, que se dirige al Oeste, recibe en su curso otro río, el llamado Gabache, que procede del lago Psebole, mientras que los ríos unidos, el Astapus y el Astaboras, se encaminan hácia el Este y se juntan de nuevo con el río Grande, que circuye una isla Meroe, tan grande sin duda como el Peloponeso. Desde allí, corre el Nilo en una sola corriente y formando muchas curvas, desembocando por seis bocas en el mar Grande, junto al Faro (Alejandría).»

Dejemos las noticias de la antigüedad sobre el origen del



El Nilo en Nubia

casi siempre el Nilo por entre desiertos y solo recibe un afluente, el Atbara, que desemboca en la orilla oriental de aquél, unas 40 millas mas abajo de Khartum. «En toda esta extension, que revela una pendiente de 378 metros — dice el doctor Schweinfurth en una corta disertación sobre el curso del Nilo — tiene que atravesar, por consiguiente, terrenos casi exclusivamente de consuncion, pues solo recibe las aguas procedentes de las lluvias que durante el invierno azotan las montañas que se alzan entre su orilla derecha y el mar Rojo. Así se explica que este río, quizás el mas largo del mundo, aun en los puntos en que no se ramifica ni se presenta estrechado por los peñascos que en sus orillas se levantan, rara vez ofrezca aquella majestuosa perspectiva que admiramos, por ejemplo, en los ríos de la Rusia europea. El Nilo unido alcanza una anchura de 1.000 metros un poco mas abajo de Khartum y poco antes de su nueva bifurcación en el Cairo (en la ciudad de Minye por donde corre sin dividirse), cuando solo el Nilo blanco alcanza ya mas de esta dimension en una extension considerable. En su curso tortuoso por los áridos desiertos del grado 15 de latitud, una gran parte de su caudal de aguas se pierde por evaporación y por filtración (causa probable de las profundas aguas subterráneas de los oasis de los desiertos libios, alimentadas por el Nilo nubio) y sobre todo á consecuencia de un sistema artificial de canales de riego. En su confluencia, el Nilo blanco y el Nilo

azul, por lo que se refiere á su anchura y á su profundidad, guardan la proporción de 3 á 1, pero esta proporción se ve sensiblemente modificada por las impetuosas crecidas del Nilo azul, cuyas aguas se elevan hasta las montañas abisinias, apenas comienza en éstas la época de las lluvias. El Nilo azul es un río-montaña que de repente crece y arrastra consigo cuanto encuentra al paso de su rápida corriente. Por esto se le denomina Bah'r-el-azrak, el azul, es decir, el «oscuro», el «triste» Nilo, en oposicion al Bah'r-el-abiad, es decir el blanco, y mas propiamente el «transparente», el «claro» Nilo, pues las aguas de éste — que corren por entre extensas llanuras cubiertas de espeso verdor y que en parte proceden de clarísimos lagos — parecen clarificadas y en algunos puntos filtradas por flotantes tapices de hierbas. Por esto el Nilo azul (junto con su afluente el Atbara) puede ser considerado como única madre de la fertilidad egipcia y al propio tiempo como la causa de las inundaciones del Nilo (pues proporciona un aumento de caudal de agua á la masa constante del río); al paso que el Nilo blanco es el padre de la vitalidad del Egipto, por ser el que le concede la constancia y la regularidad, impidiendo que el país septentrional sufra la sequía durante el verano. El Nilo azul no bastaria por sí solo para proporcionar durante todo el año agua á la extensa cuenca de 400 millas de longitud. El promedio anual de su caudal de aguas hace del Nilo blanco el río principal,

privilegio que se le ha de conceder en mayor grado si se tiene en cuenta la extension longitudinal de su tributario que casi es doble que la del Nilo azul. Pero si remontamos el Nilo blanco vemos que no tarda mucho en dividirse: en efecto, al llegar al grado 9 de latitud Norte, encontramos la desembocadura del Sobat que, semejante al Atbara, reproduce en pequeño la naturaleza del Nilo azul, pues se precipita desde las montañas que se extienden al Sur de la Abisinia propiamente dicha. Mucho mas arriba desemboca por el lado opuesto el Bah'r-el-Chazal, ó río de las Gacelas que, á manera de torrente sin corriente, viene á ser una especie de colector de toda la masa de aguas de los ríos fuentes que proceden del interior de los territorios de Niamniyam y de Kredi y cuyo nacimiento se encuentra entre los grados 4 y 5 de latitud Norte. Mas arriba de las confluencias

del Sobat y del Bah'r-el-Chazal, el Nilo blanco recibe en su corriente el río llamado Bah'r-el-Gebel y á partir de aquel punto hácia arriba su anchura disminuye hasta el punto de convertirse en río de tercera clase. Desde los 5° de latitud Norte deja de ser navegable, pues precipitándose por cataratas llega al lago Mwtan (el llamado Albert-Nyansa) que está en comunicacion con el lago Ukerewe (Victoria-Nyansa) por medio de un brazo de agua, denominado «Somerset», que tambien se considera como Nilo blanco. ¿Cuál de estos depósitos tendrá mas remoto origen y mas largos afluentes? En esta pregunta se resume la gran cuestion de las fuentes del Nilo. Pero el territorio dentro del cual éstas deben de estar situadas se halla de tal suerte circunscrito gracias á los progresos hechos por los modernos viajeros, que no puede tardar en encontrarse la solución definitiva.»



Orillas del Nilo en el Alto Egipto

Así como era imposible para la antigüedad tener acerca de las fuentes del Nilo, de sus afluentes y de su curso el exacto conocimiento que se tiene de reciente fecha y que constituye una de las grandes conquistas científicas de nuestro siglo, tan rico en descubrimientos, del mismo modo eran escasas las noticias que se tenían entonces respecto de las causas de las inundaciones que producía la corriente del Nilo en una determinada época del año. Al estudio de estas causas se dedicaron muchos sabios de la antigüedad, que, en parte, lograron aproximarse bastante á la verdad: hombres como Thales y Anaxágoras, Hecateo el viejo y Hellánico, Demócrito de Abdera, Teopompo y Herodoto formularon teorías muy singulares acerca de este notable fenómeno (1). Hoy se sabe fijamente cuál es su verdadera causa. Está ple-

(1) Diodoro (I, 37) dice sobre este particular: «Es difícil explicar los desbordamientos del Nilo y muchos historiadores y filósofos se han ocupado en demostrar sus causas. — Historiadores como Hellánico y Cadmo y aun Hecateo y todos sus iguales de los antiguos tiempos han dado explicaciones fabulosas. Herodoto, el activo investigador y experto conocedor de la historia como ninguno, cuando quiere explicar este fenómeno parte, como claramente se vé, de hipótesis controvertidas. Jenofonte y Tucídides, famosos como historiadores veraces, no han dado noticia alguna acerca de la comarca de Egipto. Eforo, Teopompo y otros que han dedicado á ella toda su aplicación tampoco han encontrado la verdad. En todos ellos no falta la exactitud, sino el conocimiento de las relaciones especiales de lugar.»

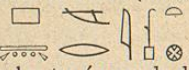
dando el valle por el regado que se extiende al extremo Norte de su curso, ora formando canales que cruzan los territorios ribereños. La corriente del Nilo, Abu-el-baraga (padre de la prosperidad) como llaman agradecidos los actuales egipcios al generador y alimentador de su país; la corriente del Nilo, al cual los antiguos habitantes de sus orillas hicieron objeto de alta veneración, al cual adoraron como dios Hapi, de misteriosa eficacia (1), entonando en su loor elevados himnos, y á cuyos diferentes estadios de su vida anual se refieren las fiestas principales de las estaciones, reguladas por su flujo y reflujo, en las que por medio de magníficas procesiones y con toda clase de ceremonias religiosas se celebraba su acción misteriosa y benéfica; la corriente del Nilo es hoy, como hace miles de años, el elemento del cual dependen la prosperidad y el bienestar de aquel país. Si el Nilo hubiera emprendido otro camino distinto del que se abrió al través del Egipto, como pretendió conseguirlo un príncipe abisinio; si aquel río vivificador hubiese cesado de derramar sus aguas sobre los campos egipcios, esta región habría dejado de existir: su suerte habría sido la inercia y la muerte como en aquellos primitivos tiempos en que el Nilo no había enderezado aun hacia ella su curso.

En la antigüedad designábase, lo mismo que ahora, como Egipto propiamente dicho aquella parte del valle del Nilo que se extiende á ambos lados del río entre los grados 24 y 31 ¹/₄ de latitud Norte y que está limitada á derecha y á izquierda por los desiertos arábigo y libio, al frente por las olas del Mediterráneo y á la espalda por el remolino de las cataratas de Syena. Desde Syena hasta las comarcas en que se levantó, en otro tiempo, la ciudad de Menfis, este valle egipcio del Nilo se nos presenta como una estrecha lengua de tierra fértil, que en el Alto Egipto y en una extensión considerable apenas tendrá media legua de anchura y que en su parte mas ancha no alcanzará mas de cuatro leguas. En el extremo septentrional de este largo valle, un poco mas abajo del Cairo, en el punto en que la corriente del río se bifurca, aquella lengua de tierra se extiende hacia el Norte formando una llanura, cuya amplitud se aumenta progresivamente. Esta llanura, que llega á tener 40 leguas de ancho, constituye lo que se llama el delta (2), al través del cual la corriente del Nilo, dividida en muchos brazos y canales, llega al término de su carrera. Unas 800 leguas mide el ca-

(1) Para dar un ejemplo de aquellos himnos compuestos en honor del Nilo, merece citarse el principio del «himno del Nilo» que nos ha conservado Papiro Salio (I, tablas XI-XIII), y que traducido á la letra dice así:

¡ Adoración para tí, oh Nilo!
tú, que has abierto este país
viniendo en paz para dar vida al Egipto;
tú, poder oculto que iluminas lo que está oscuro,
como le gusta siempre á tu voluntad;
tú, que los campos creados por el dios del sol
cruzas con tus aguas,
para alimentar á todo el mundo animal.
Tú eres el que en todas partes bañas la comarca,
sendero del cielo, tú, en tu llegada,
dios Seb, amigo del pan,
dios Nepera, dispensador de granos,
dios Ptah, que hace alegre toda vivienda, etc.

(2) En la edición alemana de la *Historia de los países de Oriente* de Maspero, el traductor de la obra (R. Pietschman) hace notar, en la página 5 y en la 601 de los Apéndices, respecto del nombre *delta*, que Eforo de Kyme refiere que en egipcio se denominaba *πελωρις* y que esta palabra se deriva, como ha notado Reinisch en las *Memorias de las sesiones de la Academia de Viena* (tomo 36, 1861), de la antigua deno-

minación egipcia  *pe-to-mera*, «país de la inundación», con cuyo nombre tan á menudo designan las inscripciones la parte del territorio egipcio llamada *delta*.

mino que tiene que recorrer el Nilo desde sus lagos fuentes hasta las costas del Mediterráneo: de éstas, 400 son la extensión que recorre desde su union en un solo río hasta su desembocadura en el mar, y de estas 400 solo la última tercera parte baña el Egipto. El valle que en éste atraviesa no nos ofrece, en sorprendente belleza, aquellos variados cuadros de comarcas que ostenta en las peñascosas orillas del Nilo nubio ó mas hacia el Sur en los magníficos alrededores de sus orillas cubiertos por una espléndida vegetación tropical, sino que por el contrario el valle egipcio del Nilo ofrece un aspecto monótono en una gran extensión. Monótono en la forma de las montañas, que se aproximan ora á la orilla derecha, ora á la izquierda; monótono en gran parte en los terrenos cultivados, que se extienden en ambas riberas; y monótono en punto á las poblaciones que á derecha y á izquierda se levantan. Siempre encontramos las mismas chozas de color de tierra construidas con adobes fabricados con el limo del Nilo que el viento se encarga de secar, y alrededor de las cuales se alzan algunos grupos de palmeras, sicomoros y mimosas, y de entre las cuales sobresalen uno ó varios esbeltos minaretes ó los palomares situados en el piso alto de las viviendas y que tienen forma de torres. La aldea y la ciudad ofrecen igual aspecto. Sin embargo este valle es un precioso trozo de tierra y constituye, á pesar de su uniformidad, una comarca que contrasta admirablemente con los desiertos que la limitan, y que ostenta encantadora belleza cuando se extienden sobre ella los brillantes rayos del sol de Oriente. Este valle constituye un fresco jardín de verdor en medio de las rojas y tristes laderas de las áridas montañas que lo circundan; y entre tanta arena muerta y tantas rocas incultas viene á ser un oasis que respira vida y que, cubierto la mayor parte del año de una espléndida vegetación, asegura, por poco cuidado que se tenga en el laboreo, dos ó tres cosechas anuales á sus habitantes. Por aquel hermoso y fértil valle cruza, única en su clase y allí colocada por la naturaleza y explotada hace millares de años, la majestuosa corriente del Nilo, que, desde Syena al mar, permite el tráfico entre las aldeas del Egipto, entre éste y la frontera Nubia y las comarcas del Sudán y del interior del Africa situadas mucho mas hacia el Sur.

«En lo que nuestra historia alcanza, no conocemos ningun pueblo culto habitante de las riberas de un río principal, cuyo carácter histórico ostente tan marcado el sello de la naturaleza de la tierra local, ni en quien la naturaleza de la patria haya presidido tan absolutamente á su desenvolvimiento interior y exterior, como el pueblo de los antiguos egipcios. — Por eso en toda la historia de la humanidad solo una vez se ha presentado el carácter de la historia del desarrollo egipcio y este carácter solo podía coincidir con la formación del sistema de aguas de la corriente del Nilo: en cualquier otro pueblo del globo debía ser completamente distinto.» Desde las fronteras meridionales de Egipto hasta las costas del Mediterráneo y aun mas allá de los mas próximos límites egipcios en la Alta y la Baja Nubia, tenemos en las orillas del Nilo una serie casi no interrumpida de monumentos arquitectónicos que «por lo que se refiere á su número, á su grandiosidad, á la perfección y lujo de su ejecución y á su solidez, que ha resistido la acción de millares de años, pueden ocupar el primer lugar entre todos los conocidos de la tierra, y estas construcciones son monumentos de un mundo civilizado, desarrollado de una manera especial, de un período de la historia de la humanidad casi ignorado por nosotros, en el cual la manifestación de los productos de todo un pueblo se nos presenta de un modo tan característico que ninguno de los períodos posteriores, á pesar de su universal desenvolvimiento, ha podido concebirlos en su

esencia y aun menos adoptar y regenerar en su esfera artística creada y creadora (1).» «La arquitectura de los antiguos egipcios sobre todo — para valernos de la expresión de un sabio arquitecto (2) — no puede separarse de su suelo patrio: transportada á tierras extranjeras, se presenta como esfinge incomprendible para la inteligencia del espectador. En cambio, en su país habla claramente á nuestro entendimiento. Nuestro interés no solo se despierta allí por el sentimiento de la veneración al contemplar los monumentos de los primitivos tiempos de la civilización humana, sino que crece al comprender que tenemos delante de nosotros un arte que lleva impreso en su frente el sello de la primitiva existencia. Como si durante miles de años este pueblo hubiese vivido solo, su arte se ha conservado incólume é inaccesible á la influencia de los demás pueblos (3). Ninguna idea extranjera se mezcla en la forma clara de sus columnas; ningun maestro extranjero les enseñó las leyes y reglas de la escultura; ninguna muestra extranjera les sirvió de modelo para la creación de sus obras escultóricas: el arte y la ciencia se derivan en ellos del espíritu propio mas primitivo, y uno y otra fueron los representantes de la civilización y de la cultura para los pueblos contemporáneos y para los que en la tierra habían de sucederles.»

Repetidas veces se ha probado con razón y de una manera análoga, de la cual no podíamos prescindir al tratar este punto, el carácter especial del pueblo y del territorio egipcio, y se ha demostrado la influencia que en este sentido ha ejercido muy particularmente el río que lo atraviesa, probando no solo que ha sido el alimentador material de aquella región que arrebató á los desiertos, sino también que influyó poderosamente en la transformación moral, en la existencia y en el desarrollo sociales de los habitantes de sus riberas. La naturaleza de un país ejerce siempre mas ó menos influencia en la formación de las cualidades especiales de sus habitantes; pero en Egipto esto aconteció en tan alto grado, que cosa igual no vemos en ningun otro territorio, y en él fué aquel notable río el que, por su especial manera de ser, dió impulso á aquellas notables aptitudes que hicieron de los antiguos egipcios el pueblo civilizado mas importante de la antigüedad primitiva y le mantuvieron durante millares de siglos en tan honorífico puesto. Algunos de los rasgos característicos de los antiguos habitantes del Nilo dependen directamente de la naturaleza de su territorio y sobre todo de la de su río. Por ejemplo, una de las cosas que caracterizan el modo de ser de los antiguos egipcios y que fué uno de los principales fundamentos de la grandeza que alcanzó aquel pueblo, es, á mi modo de ver, el sentimiento de la regularidad, su profundo respeto hacia las leyes existentes y su fuerte apego al orden de cosas antiguo y tradicional. Este

(1) Carlos Ritter: *La geografía en sus relaciones con la naturaleza y con la historia de los hombres*, tomo I, libro primero, Africa.

(2) G. Erbkam: *Sobre los sepulcros y templos de los antiguos egipcios*.

(3) No quiero poner en duda lo de que el antiguo arte egipcio lleva impreso en su frente el sello de la existencia primitiva, pero en cuanto á que se conservó incólume é inaccesible á influencias extranjeras, no participo de la misma opinión. Los antiguos egipcios no vivieron nunca, como comunmente se cree, aislados del extranjero: ya en los tiempos del antiguo imperio, es decir, en la época anterior al siglo XVIII antes de Jesucristo, y aun mas durante la dominación de los Tutmósidas y Ramésidas (1700-1000 antes de Jesucristo), los habitantes del Nilo mantenían por las vías terrestres y marítimas un animado tráfico con los pueblos civilizados del extranjero, y no cabe poner en duda que en este tráfico el antiguo pueblo egipcio, tan notoriamente práctico, aprendió algo de sus vecinos que habían llegado á un alto grado de civilización y se apropiaron lo que creyeron provechoso. Por esto no puedo aceptar en términos tan absolutos como se dice en este párrafo el hecho de que los antiguos egipcios fueran durante millares de años inaccesibles, en punto á ciencias y artes, á la influencia del extranjero.

sentimiento se desarrolló de un modo tan notable en él, porque veía realizarse ante su vista todos los años con invariable regularidad la crecida y disminución de la corriente que lo alimentaba. La observación de este desbordamiento periódico del río, que no dependía de ningun cambio accidental atmosférico, impulsaba á hacer consideraciones é investigaciones elevadas. Para saber con seguridad cuándo el lecho del Nilo comenzaba á llenarse, cuándo el río llegaba á su altura máxima y cuándo á la mínima, de cuyos hechos dependían mas ó menos los negocios y trabajos del año; para fijar exactamente estos importantes puntos, fué preciso observar el estado del sol y el curso de los astros, y de esta suerte se llegó allí primitivamente á conocimientos astronómicos y se consiguió formar un calendario basado en astronómicas observaciones con una división del año, cuya excelencia excepcional el sabio Herodoto, tan instruido por sus viajes, encomia con las siguientes palabras: «Hablando de cosas humanas, refiriéronme (los sacerdotes de Ephestu, de Menfis) lo siguiente, en lo cual todos estaban acordes. Los egipcios fueron los primeros hombres que inventaron el año, y para completar las estaciones, le dividieron en doce partes. Y este modo de contar es, á mi modo de ver, mas científico que el de los helenos, por cuanto éstos, por razón de las estaciones, tienen que agregar á cada dos años un mes intermedio: en cambio los egipcios, con su división en doce meses de treinta días cada uno, cuentan anualmente un suplemento de cinco días, de suerte que el círculo de sus estaciones resulta ser cada año el mismo.» Con razón podía ensalzar como lo hace la división del año hecha por los antiguos egipcios, los cuales habían llegado á fijar casi de un modo exacto el año solar, despues de continuas y minuciosas observaciones astronómicas. En los adornos de las cúpulas de sus templos y de sus sepulcros, que en parte se refieren á la astronomía, dando una imagen concreta del cielo estrellado como se veía en Egipto en una época determinada, y en parte ostentan figuras que, á la manera como solían representar los antiguos egipcios, personificaban las estaciones, los meses, los días y las horas, nos ha legado aquel pueblo su ciencia, no escasa en esta esfera de conocimientos. Lo que se veía en la brillante y magnífica bóveda celeste que se extendía por encima del suelo egipcio; lo que aprendieron penetrando el infinito espacio de los astros; sus observaciones sobre la aparición y el ocaso de las estrellas, sobre el sol y la luna, sobre los planetas y estrellas fijas — que ellos designaban con el nombre de estrellas «que recorren incesantemente el Océano celeste» y estrellas «que no lo recorren» —; sus observaciones sobre los solsticios y sobre los puntos equinocciales, sobre el gran curso anual del sol por las doce partes de la órbita en la bóveda celeste que giraba de Este á Oeste, sobre la manera cómo ésta se dividía para sus cálculos y observaciones astronómicas; todo esto nos ha sido explicado de un modo interesantísimo por los adornos cuidadosamente dibujados de las cúpulas de sus templos y de sus sepulcros; y esta explicación será tanto mas clara cuanto mas nos sea dado, con el tiempo, alcanzar un conocimiento completo de todos los detalles de aquellas raras representaciones (4).

(4) Los que quieran enterarse mas directamente de los resultados conseguidos durante los últimos decenios en esta esfera de conocimientos por los representantes de la Egiptología pueden consultar: R. Lepsius: *Cronología de los egipcios*, introducción, págs. 60-240; Königsbuch: *Cronología astronómica en los monumentos*, págs. 152-169; H. Brugsch: *Nouvelles recherches sur la division de l'année des anciens Egyptiens*, y en la revista de la «Sociedad de D. M.», tomo VI, 1852: *Sobre los cinco Epagomenos*; el mismo autor: *Matériaux pour servir à la reconstruction du calendrier des anciens Egyptiens*, y su reciente trabajo calendario: *Tres calendarios de fiestas*; E. de Rougé: *Mémoire sur quelques phéno-*